

— Pues...

— Di.

— Cuántas noches hace que no he dormido con Mesalina.

— ¿Eso cuentas? Pues hace algunas.

— Llámala.

— Es la única orden tuya que no cumpliré; llámala.

— ¿Qué pasa, Narciso?

— Ya te lo dirán, Claudio.

— Dímelo tú.

— Yo no puedo.

— ¿Por qué?

— Porque no debo.

— Pero ¿qué ha pasado?

— Estas mujeres te lo dirán — respondió Narciso abriendo una puerta con temor.

— ¡Claudio! — exclamó, entrando una joven muy bella, en quien todos los aires de la persona delatábanla claramente de un oficio vil.

— ¡Calpurnia! — dijo Claudio

— ¡César y señor! — dijo á su vez la que, profesando el igual oficio que la predecesora, más tímida, se quedó un poco atrás y penetró en la estancia un poco después.

— ¿También tú aquí, tú, Cleopatra?

Las dos mujeres, en vez de responder á las extrañezas del emperador, se arrojaron á las plantas de éste y le ciñeron con los brazos las rodillas, cual si á una creyéranse ambas incursas en gran delito, por haber llegado allí sin permiso y hasta sin conocimiento de Claudio.

— Yo no quiero nada con vosotras hoy — dijo Claudio.

— Ya lo sabemos — respondió Calpurnia, que llevaba la voz en tan extraordinaria escena.

— ¡Bueno estoy para bromas!

— Perdón, perdón por nuestro atrevimiento — decían las dos á una sin levantarse del suelo.

— ¡Bueno estoy ni para perdonar ni para castigar! — repetía Claudio.

— Sólo en tu servicio hemos venido — exclamaba Calpurnia.

— Y en tu socorro — añadía Cleopatra.

— Pero conste que ni os he llamado ni os necesito ahora — observaba el emperador en medio del aturdimiento producido en su cabeza por aquellos dichos y aquellos actos cada vez más incomprensibles.

— Sí, sí.

— No quiero que luego me arguyáis de haberos desatendido y desairado.

— Jamás haremos tal — dijo Calpurnia.

— Ya sabéis que si os llamo alguna vez no lo hago para dejaros ir malcontentas.

— ¡Vaya si lo sabemos! — añadió Calpurnia también.

— Pero me ha extrañado por tal manera que hayáis venido ahora, y que hayáis venido sin orden alguna mía, cuando yo á este perro de liberto le preguntaba cosas por todo extremo interesantes respecto de palabras tuyas muy vagas, que francamente os he recibido muy de mal grado, yo que tenía costumbre de llamaros para mi esparcimiento y para mi gusto.

— Cuando nosotras venimos sin llamarnos, razones potísimas tendremos — le replicó Calpurnia, pues Cleopatra no hacía otra cosa más que asentir con movimientos de cabeza instantáneos ó con monosílabos expresivos á lo que decía su compañera en aquel momento.

— ¿También vosotras venís ahora con salidas tales aumentando mis confusiones, cual este Narciso, á quien los dioses confundan, pues sus labios me dicen fórmulas imposibles de interpretar por sibilinas y por oraculares?

— Cuanto yo hubiera de contarte — le observó Narciso, — contártelo mejor estas dos mozas, en cuyas palabras sinceras no encontrarás dego amargo alguno de interés, ni ambición alguna de favor ó de privanza.

— Pero acaben, por todos los dioses infernales, de contarme lo que sucede.

— ¡Ellas te lo contarán! — dijo el redomado liberto de nuevo.

— Pronto, pronto — gritó con furia Claudio, ya fuera de sí.

— Mesalina... — exclamó Calpurnia.

— Mesalina... — repitió Cleopatra, cual si fuera su voz el eco de la voz de su amiga.

— ¡Oh! Mi mujer, ¡cuán hermosa mi mujer!

— ¡Huy!

Y Narciso gesticuló siniestra gesticulación, al notar este movimiento, no ya de afecto cariñoso, de apetito sensual, despertado en la extraña naturaleza de Claudio al amadísimo nombre de su esposa.

— Mesalina... — volvió á decir Calpurnia muy aterrada.

— Mesalina... — volvió á repetir Cleopatra.

— Concluid — gritó Narciso entonces con imperio.

— Mesalina ¡oh! ¡cuánto me gusta esa mujer! — dijo Claudio. — Su nombre hace latir las imperiales sienas mías y encenderse la divina sangre de mi madre Venus en las venas. Poned la mano sobre mi corazón, y notaréis qué golpes ahora da tan fuertes el cuitado. Yo no recuerdo caricias que me transporten como sus caricias. Mis placeres habrán mariposeado sobre otras flores, como vosotras dos por ejemplo, ilusiones de un minuto, caprichos fugaces, rápida satisfacción olvidable y olvidada pronto. Pero en ella estuvo siempre la luz de mis ojos, el calor de mi vida, el objeto predilecto de mi amor. ¡Cuántos goces recuerda ese nombre mágico que acabáis de pronunciar! ¡Mesalina, Mesalina, Mesalina! Yo nunca me cansaré de traerlo á la memoria y evocarle con verdadera insistencia.

— ¡Ay, ay, ay! — exclamó Narciso viendo cómo en Claudio se iban despertando todos los instintos animales, que con más apretados nudos enlazaban el emperador á la emperatriz, dominadora de su marido por gracias cada día más fuertes y poderosas de suyo sobre la complexión entre grosera y sensual de éste, complexión muy contradictoria, con caídas bruscas en la triste animalidad inferior, con saltos violentos hacia el ideal, pero esclava de sus dos propensiones capitalísimas, que fueron gozar del amor material exacerbado por su posición extraordinaria y conocer las ciencias sociales tal y como se daban en su tiempo.

— ¡Mesalina! — volvió á decir el emperador, desasiéndose bruscamente de las dos mujeres arrodilladas á sus pies, cual si le repugnasen muchísimo una y otra después de haber pasado por sus oídos aquel nombre, que se le difundía con un calor verdaderamente comunicativo por toda la sangre.

— Acabad, acabad — por su parte decía Narciso, impeliendo á

las dos mujeres, á fin de que saliesen de su perplejidad natural, y cor-taran con el relato de tal hecho los incipientes ardores de Claudio.

— Que busquen á Mesalina — decía el emperador, — que traigan á Mesalina.

Y sus ojos y sus labios no traicionaban el apetito de su cuerpo.

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! — decían al par las dos mujeres, temerosas de que las impacencias del emperador tomasen un camino en el cual fueran atropelladas ellas, como atropellaban los césares, con la muerte, pues á cada paso corrían daños enormes la vida de todos al capricho imperial, y más cuando se determinaba por el terror.

— Habla tú, Calpurnia. ¿De qué sirve la garrulidad tuya, de qué? Corrobora cuanto diga Calpurnia á Cleopatra. ¿De qué sirve tu expresivo gesto?

Y Narciso, mientras Claudio iba de un lado á otro lado, fasci-nadísimo por los recuerdos que Mesalina despertaba en su memo-ria y los deseos que despertaban en sus instintos los recuerdos, impelía las dos muchachas á decir lo consabido.

— Pues bien, Claudio — dijo Calpurnia, irguiéndose del suelo, donde se hallaba de hinojos, y encarándose muy frescamente con el emperador; — pues bien, Claudio; Mesalina se ha casado en Roma públicamente.

— Sí, públicamente — añadió, levantándose del suelo también, la encogida Cleopatra.

— ¿Qué? — preguntó Claudio, balbuciente, rojo, trémulo, ciego casi, tras una sacudida terrible, la cual no puede tener semejanza más próxima que con la sacudida causada por el rayo de las nubes al difundirse fulminante de súbito por nervios que no lo aguardaban.

— Repetid, repetid lo dicho — exclamó el aterrado liberto, recelando que Claudio no lo creyese todavía.

— Pues bien; Mesalina hase casado pública, legal, religiosamen-te con Silio — dijo Calpurnia.

— Con Si... li...o, con Si...li...o, ¡con Silio! — exclamó Claudio como herido de un ataque apoplético, el cual hubiese trabado la lengua y atacado como de parálisis el cerebro.

— Di tú, Cleopatra, di lo que sepas — añadió Calpurnia, diri-giéndose á su compañera.

— Pues que Mesalina se ha casado con Silio.

— Legal y religiosamente — murmuró Narciso á los oídos de Cal-purnia, para que insistiera en las dos calificaciones capitales de la increíble atrocidad.

— Legal y religiosamente — repitió Calpurnia.

— Legal y religiosamente — añadió su eco, la tímida Cleopatra.

— No lo creo — gritó Claudio, recobrando palabra y voz á impul-sos de tan satisfactoria creencia.

— Créelo — dijo Calpurnia.

— Créelo — añadió Cleopatra.

— Pero, ¿ha sido un matrimonio en toda regla?

— Un matrimonio en toda regla — respondió Calpurnia.

— Un matrimonio en toda regla — volvió á decir el eco.

— Entonces no hay magistrados en Roma... — observó Claudio.

— Y ¿á nosotras qué nos cuentas? — le dijo Calpurnia.

— ¿Qué? — añadió Cleopatra.

— ¿Y ha encontrado testigos?

— Testigos.

— Testigos.

— ¿Y ha tenido auspices que sancionaran tal barbaridad?

— Los ha tenido.

— Los ha tenido.

— Pero ¿se ha divorciado de mí?

— Tú lo sabrás

— Tú lo sabrás.

— A pesar de lo mucho que pululan en este triste tiempo los di- vorcios, no pueden concluirse y legitimarse nunca en Roma sin complicadas formalidades jurídicas, ninguna de las cuales hase ob-servado ahora, según mis noticias.

— Será verdad lo que tú dices, pero también es verdad lo que decimos nosotras — replicaron las dos mujeres.

— Mas entonces, ese mancebo Silio, á quien designaba yo para cónsul, debe tener algo de naturaleza divina, y tomando, en virtud y por obra de semejante privilegio, las más varias figuras, como Jú-piter, debe haberse revestido por completo de mi persona propia, engañando así á la pobre Mesalina.

— ¡Qué bellaquería! — pensó en sus adentros Narciso, pero no le salió de ningún modo la exclamación á los labios.

— ¿Quién soy? — preguntó en seguida Claudio, — ¿quién soy?

— Nadie como tú debe saberlo — exclamaron las dos mujeres con chacota.

— Yo no soy verdaderamente yo. Hay otro en mí ahora, y este otro yo se ha casado con Mesalina. Así ha debido pasar cuanto ha pasado aquí de increíble. A Mesalina, de seguro, alguna forma engañosísima, tomada por su fingido esposo, ha debido extravíarla; pues de otra suerte nunca prefiriera, jamás, á ningún otro mortal.

— Pues mira, Claudio, las gentes mal habladas, que rara vez en sus cavilaciones llegan á engañarse, dicen una especie muy particular.

— ¿Qué dicen las gentes mal habladas, Calpurnia?

— Pues dicen que lo más agradable á Mesalina en Silio, aquello por lo que la cuitada se pierde y te pierde, no es más que la hermosísima figura de Silio, el más bello mozo entre todos los jóvenes romanos.

— ¡Ah!...

Y Claudio, á tal botonazo de fuego, dió una especie de mugido terrible.

— ¿No es verdad, Cleopatra, lo dicho por mí?

— Verdad — respondió Cleopatra.

— ¿No es verdad que Mesalina prefiere á todo en Silio su figura?

— Verdad — contestaba como por máquina la compañera certificando á roso y bello las afirmaciones de Calpurnia, según los deseos ó instrucciones de Narciso.

— ¡No puedo creerlo, no puedo creerlo! — gritaba Claudio, moviendo los brazos como aspas de molino, resollando con fuerza y con dolor como un toro á quien han derribado los mataraces en el matadero.

— ¡Pues créelo, Claudio, créelo! — decía Calpurnia.

— Créelo, créelo — añadía Cleopatra en sus repeticiones, aseverando lo dicho por Calpurnia.

— No lo creo, como no corrobore Narciso vuestro relato.

— Comprendo, Claudio — le observó Narciso, — que, dadas altas competencias en materia jurídica, necesites de muchos testigos para cerciorarte del hecho terrible.

— Necesito sólo tu inapelable testimonio.

— Pues lo tendrás.

— Depón en justicia.

— Pregunta.

— Dime si es cosa verdadera esa noticia increíble de que mi mujer se ha casado con otro públicamente, y he consentido yo sin saberlo en mi propio repudio, y he autorizado el divorcio, hasta con extremo tal que romanos sirvieran de testigos, auspices de consagradores, vestales de acompañantes, patricios y senadores de corte, legionarios de cohorte á este crimen horrendo, en el cual se han cantado los epitalamios litúrgicos, se han visto los tálamos nupciales de tradición y el velo de azafrán reservado á la virginidad consagrando el adulterio, y hasta se ha contado con la complicidad y con el asentimiento de los dioses; Narciso, por Júpiter, sácame de penas y dime la verdad.

— Pues todo es, Claudio, cierto.

— Y ¿cómo, siendo cierto, lo ha ocultado tu fidelidad á mi conocimiento?

— Lo confieso. Mátame si quieres. El miedo mío ha ocultado todo esto á la penetración tuya.

— ¡El miedo! ruin pasión.

— Cierto.

— ¿El miedo á quién?

— El miedo á Mesalina.



Vestales

- Pues ¡tantos adúlteros fueron á sus brazos!
- Innumerables.
- ¡Horror mil veces!
- Y Claudio dió un berrido estentóreo.
- ¡Perdón!
- ¿Por manera que mientras yo expedía veinte ó más edictos diarios para mejorar las costumbres, ella me la pegaba por su parte cuarenta veces al día? Pero nunca te perdonaré que hayas ocultado á tu emperador tales infamias.
- Acuérdate de lo que pasaba en Roma.
- ¿Qué pasaba en Roma?
- Pues pasaba que morían todos cuantos intentaban, por su mal, contarte la más pequeña culpa de Mesalina.
- ¿Pasaba eso?
- Ciertamente.
- Pues no lo sabía.
- Como que dabas las órdenes tú mismo sin conocerlas, gracias á los industriosos medios de que tu mujer sabía valerse para engañarte.
- ¿Qué me cuentas?
- Nada, Claudio, debía extrañarte después de saber que tú mismo has autorizado tu propio repudio y el divorcio y separación de Mesalina sin saberlo.
- ¡Oh!
- Y Claudio lanzaba gritos agudos, vociferaciones incoherentes, palabras de un doble sentido, sin saber en realidad lo que decía.
- Acuérdate del prefecto de guardias tan leal...
- ¿Cátimo Justo?
- El mismo.
- ¿Qué se hizo de tan fiel servidor?
- ¿No lo sabes?
- No.
- Pues tú mismo lo mataste.
- ¡Yo!
- Una orden tuya.
- ¡Por Júpiter que no creería en tal desaguisado!

- Y lo mataste porque quiso contarte los desórdenes de Mesalina.
- ¡Oh!
- Y Claudio temblaba como un reo á quien desnudan para propinarle azotes antes del suplicio.
- Otro día le tocó á tu liberto Polibio.
- ¿También murió de muerte violenta?
- Quiso comunicarte lo que había visto, y desapareció yéndose al otro mundo con tantos y tantos muertos.
- Tampoco lo sabía.
- Como también obligó á un suicidio...
- Cállate por piedad.
- En tu propio cubículo, sobre tu imperial tálamo, bajo la sombra de tus númenes y lares, mil veces la desalmada se revolcó á tu vista casi con un Veccio y un Pluncio.
- ¿Y tú no me dijiste nada?
- Ya he dicho que fué por miedo.
- ¡Con cuál sangre fría, Narciso, te declaras cobarde!
- Pero no por miedo egoísta de lo que pudiera sucederme á mí, pobre vástago de siervos; por miedo, Claudio, de lo que pudiera sucederte á ti, el descendiente de cuatro césares, el amo de la Tierra, mi señor y mi dueño.
- ¡Narciso!
- Y Claudio sintió á estas palabras indeliberado movimiento de ternura.
- También ahora ocultaría de buen grado sus adulterios, callándolos cual si fueran remordimientos de mis personales culpas; y si en mi mano estuviese, dejaría gozar al adúltero de la casa, de los esclavos, de los ajuares que á ti pertenecen, hasta de las insignias imperiales y de la mujer predilecta y legítima, con los demás bienes tuyos, á no temer una rebelión tras una irreverencia, y el acaparamiento de tu diadema por él, en cuyo caso, no solamente se perdería tu honra, se perdería tu diadema.
- ¡De veras!
- Pues el que parece jugar á nupcias más ó menos fantásticas, no requiere tan sólo en estas festividades el cuerpo y el goce de tu mujer, ¡ah! también requiere la posesión y el disfrute de tu Roma.